

rara
R
avis

Rafael Gonzalo Verdugo

La mejor defensa es
un buen ataque
de risa

Reflexiones de urgencia
para sobrevivir al
viejo mundo moderno




Ediciones
Irreverentes

Rafael Gonzalo Verdugo

La mejor defensa es un
buen ataque de risa

Reflexiones de urgencia para
sobrevivir al viejo mundo moderno

Colección Rara Avis
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Rafael Gonzalo Verdugo

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Mayo de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-92-7

Depósito legal:

De la ilustración de portada © Ángel Boligán

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO

Hay libros que, por su lucidez, están condenados a ser comprendidos por minorías, como es el caso de *La mejor defensa es un buen ataque de risa*. En este libro constatamos que en tiempos en que las ideologías y la ética han sido arrasadas por la globalización liberal capitalista dura, y la supuesta izquierda ha perdido el norte y en lugar de política hace brindis al sol, hay que plantearse hacia dónde nos lleva la postmodernidad. Parece que ha acabado la historia, pero hay que comenzar otra historia.

Para ello Rafael Gonzalo estudia en sus textos, elaborados minuciosamente con la estructura de un diario personal, los años del principio de la crisis, esa que ahora ya no se cree circunstancial sino que se ha comprobado parte consustancial del sistema.

Rafael Gonzalo afirma que las sociedades que se creen muy liberadas y evolucionadas, como la nuestra, tienen predisposición a la dependencia y a las conductas adictivas, y lo hemos comprobado. Se plantea «¿Qué fue antes, la limosna o el pobre?» o si somos felices por qué «al día se suicidan 3.000 personas en el mundo, principalmente en las llamadas sociedades desarrolladas. Esto significa que cada 15 segundos alguien se quita la vida.» Quizá porque ha muerto la utopía, y como decía Max Nettau: «Cualquier utopía será mañana un arma más de destrucción». Se suicidan quienes ya no tienen nada en qué creer.

Rafael Gonzalo hace un brillante análisis de por qué está prohibido investigar con células madre y nos recuerda que este prejuicio tiene su origen en una interpretación del pensamiento de Aristóteles, cada vez menos considerado por los creyentes. En concreto, tal pen-

samiento se ha basado en los argumentos del filósofo griego sobre la inserción del alma en el embrión. Sin embargo, es un auténtico sarcasmo que se apele a la opinión de Aristóteles para oponerse a ese tipo de investigación, cuando si éste viviese, y teniendo en cuenta su insobornable voluntad de conocimiento, es muy probable que estuviese investigando, no ya con células madre, sino con células padre, con el hijo y el espíritu santo. Como afirma el autor, o como dice John Keats, «el mundo es el valle de la creación del alma».

Otras cuestiones más cercanas a la política casera merecen su atención, como el hecho de que España construye casi tantas casas como Francia, Alemania y el Reino Unido juntos, o que tras la aprobación de la ley de prevención del tabaquismo, los menores de edad están más protegidos que nunca del humo de los cigarrillos, mientras tomar alcohol y drogarse no está penado. Un menor en España puede tener permiso de armas para la caza, puede casarse y divorciarse, pincharse heroína en el domicilio paterno o abortar, atiborrarse de contenidos violentos y obscenos en el cine y la televisión pero tiene prohibido entrar en un bar en el que esté permitido fumar. Esa España que describe Rafael Gonzalo es la que no entendemos. Como no entendemos que arda Galicia y La Mancha, tengamos en un año más incendios que el resto de Europa y más muertos en esos incendios que los demás países, que queden cientos de miles de hectáreas abrasadas y que los mismos «intelectuales» y «artistas» que clamaban contra el derrame del *Prestige* después callen como putas. Está claro, la derecha no sabe tener sobornados a intelectuales y artistas y el PSOE sí.

Es un placer encontrarse con la lucidez escéptica, irónica y lejana del autor, que en lugar de meterse en debates muertos antes de nacer se aleja para criticar con mayor puntería cuestiones casi eternas, como que lo más peligroso que tienen los monoteísmos es que creen en dioses excluyentes o como que desde julio de 2005, fecha de

aprobación de la inútil y nefasta Ley de Violencia de Género, la mitad de la población española —la masculina— vive en libertad condicional, señalados permanentemente como asesinos en potencia, a falta de una simple denuncia de malos tratos, cuya veracidad o falsedad no es necesario comprobar. Pero lo políticamente correcto prohíbe divulgar discursos como éste, el autor nada contracorriente, como cuando se burla del supuesto ecologismo de los famosos, y nos recuerda que en los Oscars, se puso de moda el discurso ecologista y al terminar la ceremonia, todos se fueron de fiesta en limusina. Pero este entramado al que llamamos democracia, y sus ideas-fuerza absurdas, se mantiene gracias a la telebasura, porque el público es funcionalmente analfabeto. Y a los tontos es más fácil llevarnos donde quieren. Hemos perdido la sensibilidad artística, somos incapaces de diferenciar lo bueno de lo malo, de tener conceptos éticos fuertes frente a la imposición de las ideas del Imperio, aceptamos como si no fuera una violación de las más profundas bases de la democracia que un político separatista necesita la quinta parte de votos que un comunista para ser elegido, aceptamos que el sistema de castas políticas español haya mantenido vivo el guerracivilismo, que toda nuestra política sea la continuación de la guerra civil por otros medios, que diríamos parafraseando a Clausewitz. Y en el colmo del cinismo, aceptamos que la democrática UNESCO haya quemado 100.000 libros de sus instalaciones, como si fuera un gobierno nazi. Ni Hitler quemó tantos libros.

Este es el mundo que nos muestra con claridad Rafael Gonzalo, más parecido a lo peor de la Edad Media que al futuro que creímos alguna vez. Un escenario en el que han puesto una tarta con su guinda encima para demostrar la absoluta desvergüenza de la dictadura democrática liberal capitalista global: como dice el autor «el rescate de las inmobiliarias y los bancos por parte del Gobierno es aberrante. En

épocas de crisis, la corrupción de un sistema se revela más evidente que nunca.» Sólo en Islandia los ciudadanos han derribado un gobierno por intentarlo, y han aprobado en referéndum que los bancos de busquen la vida, que los ciudadanos no les van a dar su dinero.

Es más que recomendable la lectura de *La mejor defensa es un buen ataque de risa*, porque nos lleva a conclusiones como esta «Nuestro sistema es insólito: casi todas las culturas han supeditado la economía a criterios éticos, sociales, religiosos y filosóficos. Somos la única cultura que ha conseguido subordinarlo todo a la economía. ¿Por qué somos tan dóciles y nos dejamos expoliar tan fácilmente? ¿Por qué no desprenderse de un lastre así de inaguantable?»

Sabemos cómo desprendernos del lastre, cómo hacer desaparecer a los políticos corruptos o idiotas, sabemos que se puede vivir fuera de la colonización de EEUU, pero los españoles somos un pueblo vago que desde hace mucho sólo se levanta para matarse entre hermanos.

Lamentablemente somos el buey manso del que habló Miguel Hernández. Es de esperar que denuncias como ésta sirvan para que levantemos la testuz e impongamos un nuevo orden, aunque aún no sepamos cuál.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

2005

ENERO 2005

Sábado 8. Recuerdo haber leído en una revista literaria un artículo acerca de la posible existencia de una segunda parte de «*Cumbres borrascosas*», la turbulenta novela de Emily Brontë. Según la revista, el manuscrito original habría sido destruido a la muerte de su jovencísima autora por su hermana mayor, Charlotte, y por motivos no del todo aclarados, de modo que la que hubiera sido última producción de la más asilvestrada de las Brontë no llegó a publicarse y ver la luz. Todo lo que se apunta es que la disciplinada autora de *Jane Eyre* estaba muy preocupada por la reputación familiar y el escándalo que la novela pudiera provocar, circunstancia que la habría llevado a hacerla desaparecer.

También a la muerte del explorador Richard Burton, su esposa Isabel hizo quemar, por considerarlos pornográficos, casi todos sus manuscritos inéditos, salvando sólo la traducción que el aventurero inglés hiciera de «El Jardín Perfumado». Nuevamente la reputación parece ser la causa.

Un motivo muy distinto o un tipo muy distinto de reputación, que poco tiene que ver con la opinión pública y mucho con un compromiso máximo con la literatura en tanto que escritura viva, es el caso de Kafka, Ernesto Sábato o Virgilio, que mandaron quemar o destruyeron efectivamente buena parte de sus obras por lo que podríamos llamar «horror a la impotencia de expresarse». Lo cual puede llevarnos a pensar que también por omisión se escribe un libro, como resultado indefinido de lo que no llegó a decirse, de lo que quizá no llegue a decirse nunca. O más aún, que también por omisión se vive una vida.

«La vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir», escribió Jung, coincidiendo con Kafka en su propio diagnóstico. Al

menos así describió el etéreo y exacto autor de «La metamorfosis» su relación con la enfermedad: «He llegado a la conclusión de que la tuberculosis, tal como yo la padezco, no es una enfermedad especial, sino el reforzamiento imponderable del germen general de la muerte... Quien no es capaz de recibir la totalidad del hálito generador de la vida ha de enfermar en cualquier ámbito».

Lunes 17. Según datos oficiales del Departamento de Estado norteamericano, en 2004 se registraron en el mundo 651 ataques terroristas, 50 al mes, frente a los 171 del año anterior. Un total de 1.907 personas murieron en esos atentados, mientras que en 2003 las víctimas mortales fueron 625.

Hay acontecimientos graves que provocan un sentimiento máximo de inseguridad en la vida colectiva y producen en el concierto mundial un deslizamiento de las fuerzas políticas hacia la extrema derecha. Uno de ellos tuvo lugar con el crack de 1929, y otro el 11-S del 2001.

Todo indica que esto sólo acaba de empezar.

Domingo 30. Mientras en los hospitales faltan médicos, uno de cada cuatro licenciados en medicina por universidades españolas se marcha al extranjero, según datos de 2004 de la Organización Médica Colegial. La razón de esta fuga de talentos no es otra que la falta de estímulos profesionales, a diferencia de lo que ocurre en Francia, Reino Unido o Suecia, donde hay mayores oportunidades de trabajo, las condiciones económicas son muy superiores y estas disciplinas están muy bien consideradas. Otro aspecto relevante es que en estos países los contratos tienen en cuenta principalmente el trabajo a realizar, es decir, se

fomenta la cantera y la investigación, mientras que en España lo que se valora y reconoce es el prestigio alcanzado, es decir, el trabajo realizado anteriormente, de ahí que exista cierta tentación por apoltronarse. Allí se cuida la cantera, aquí la cartera. Nos gastamos un dineral en la formación de especialistas para ampliar la plantilla de laboratorios holandeses o suecos, porque aquí engrosarían las listas del paro.

No es por lo tanto la ciencia, el problema de la fuga de cerebros es un mal endémico español, esto a nadie se le escapa, pero es de suponer que la historia cambia o, en todo caso, que aquello que siempre es igual, o que termina igual que empieza, no tiene historia. Ya el gran pintor valenciano José de Ribera advirtió que «España es mala madre y buena madrastra», en referencia a su reconocimiento patrio tras su triunfo en Italia, y que si volviera a España perdería uno y otro. Sabido es que la mejor forma de perpetuar un problema está en negarlo o en adoptar soluciones falsas, actos fallidos, en terminología freudiana, conseguir una apariencia de solución con el fin de poder eludir el verdadero meollo del conflicto.

Luego tampoco es sólo el sistema laboral. Ahí están para probarlo nuestros responsables educativos y su particular modo de despachar esta triste constante de que nuestras cabezas pensantes prefieran salir a triunfar fuera antes que quedarse aquí sirviendo coca-colas a los alemanes. Para ellos resulta claro como el agua cristalina o como el azul radiante de un cielo de mayo que eso aquí ya no pasa, nuestro país es muy progresista y moderno y da oportunidades a todos y a todas, médicos y médicas, oculistas y ocultistas. Además, la culpa la tiene el franquismo.

Y en cierto modo no les falta razón, ocurre como con el analfabetismo, antaño por necesidad, hoy por gusto. Ya no pasa, luego es peor, no se limita a las universidades, sino que comienza en las aulas, como advierten los expertos en educación, esos señores tan sesudos

que nadie sabe quiénes son, ni a qué se dedican. Los planes de estudios del ministerio inciden siempre en la misma dirección: castigar el talento y el merito, restar autoridad a los profesores, rebajar el nivel para maquillar las tasas de suspensos, eliminar de los temarios todo aquello que requiera un esfuerzo intelectual, en particular si se refiere a corregir nuestra historia, el Siglo de Oro es tan poco edificante, etc... ¿Sospecharán tal vez nuestros colegiales que los ejércitos que conquistaron América abrieron sendas sobre montañas el doble de altas que las conocidas en Europa; o que el almirante Gabriel de Castilla avistó la Antártida 200 años antes de su descubrimiento oficial y fortuito; o que para la liberación de los esclavos durante la Revolución Francesa se citaron textualmente las leyes de Indias de la España Imperial, y etc, etc.? Pero no se puede reivindicar la cultura del esfuerzo, porque sin esfuerzo no se desarrolla ningún tipo de cultura. Los ministros de educación siempre se han caracterizado por su gran capacidad para expresarse los sesos concibiendo planes educativos de los que librar a sus hijos llevándolos a un buen colegio privado.

Un dato significativo es que en España hay más de 300.000 niños superdotados en la enseñanza obligatoria, de los cuales el 99% no llega a ser reconocido como tal, según las estimaciones del propio ministerio del ramo. La ministra sigue culpando al franquismo, pero lo cierto es que llevamos treinta años de democracia y la educación sigue en su firme carrera hacia el analfabetismo, como se aprecia en el nivel intelectual de los inquilinos del propio ministerio. Es tanto su desprecio por la inteligencia que ni siquiera existen estudios sobre el número de superdotados en la universidad, que cuenta con más de un millón de alumnos, pero se estima en un 1%, es decir 14.000, mientras otros tantos no cursan ninguna carrera. El sistema educativo español destierra a estos niños al olvido institucional, negándoles el derecho a desarrollar sus capacidades. Todos los sondeos confirman que la

gran mayoría consigue en su curso rendimientos bajos, y la mitad suspende las asignaturas, a pesar de que hay métodos eficaces para detectarlos. Son niños que están abocados al fracaso y a un ambiente hostil, pues requieren una enseñanza adaptada a su ritmo de aprendizaje, pero no sólo se está perdiendo un potencial, una capacidad y un talento que afecta y daña principalmente a cada niño, sino que perjudica también a la sociedad. La inteligencia que no se ejercita, se pierde. Muchos de los niños talentosos llegan a cursar estudios superiores, donde la historia se repite. Bien pudieran decir con un entrañable, deductivo y demasiado humano Descartes ante el gélido invierno sueco: «il faut partir».

Pero la ministra sigue culpando al franquismo y a «la mala situación heredada en materia de educación desde la dictadura», reconociéndose a sí misma y su gestión como sucedáneo del régimen anterior, pero sobre todo revolcándose en su propia indigencia moral y eludiendo cualquier responsabilidad, para eso queríamos cuotas de mujeres en altos cargos. Parece mentira que a estas alturas sigan culpando al régimen anterior, a la Iglesia, a los Reyes Católicos, al Papa, cuando el actual gobierno no ha dejado de dar continuas muestras del intervencionismo más rancio y retrógrado, y como si las circunstancias de cualquier época anterior fueran las mismas que las de hoy. El problema que hay que abordar es la política educativa desde la transición en adelante, y la forma en que se ha entendido aquí la democracia, basada en el igualitarismo, el fomento de la mediocridad y el odio al mérito que conlleva. Para el ministerio la mejor forma de evitar que nuestros talentos se marchen al extranjero está en anularlos desde las aulas y, si sobreviven, exiliarlos. Luego se lamentan de la falta de autoridad de los profesores. O se quiere autoridad o se quiere igualitarismo. El problema son los ministros de educación. Y no digamos las ministras.

FEBRERO 2005

Domingo 6. Un argumento ético muy frecuente señala que cada individuo es libre de hacer lo que quiera mientras no afecte o dañe a otros. Sin embargo, el argumento es falso si pretende ir más allá del ámbito jurídico para invadir la esfera moral. Ni se explican los límites de ese posible daño, ni se advierte que el dolor y la violencia forman parte de la vida humana como la alegría o el aparato digestivo, y que una reducción de tal calibre nos privaría de la facultad para crear valores dignos y universales. Las relaciones humanas pueden ser afectivas... y conflictivas. Sin cierto grado de crueldad —entendiendo por tal causar dolor a sabiendas— nunca aprenderíamos nada, ni aceptaríamos deberes éticos ni tampoco disfrutaríamos de derechos. Sólo la crueldad por la crueldad, cuyo absurdo y sinsentido la convierten en fin en sí misma, merece repulsa moral. La ética es «camino de perfección» y no mera abstención de causar mal a otros.

Sábado 12. Parece ser que el siniestro diestro Curro Romero se corta al fin la coleta de repuesto, genio y figura hasta la empuñadura. A treinta años de la alternativa, y en un mundo cada vez más vertiginoso, describe así sus tardes de gloria: «No me creo que haya pasado tanto tiempo. Para mí ha sido como un soplo. Yo lo que busco cada tarde que toreo son matices. Hacerlo más despacio. Todo lo despacio que pueda hacerlo. Yo me quedo como flotando, no me siento el cuerpo».

Sin memoria me moría y sin las palabras de Milan Kundera no recordaría yo las de cualquier otro escritor rumano, demasiado rumano ciertamente como para andar ensayando chicuelinas con armadura. Compárese con la evocación del faraón: «Hay una conexión

secreta entre la velocidad y el olvido, entre la lentitud y la memoria. El grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria; el grado de velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido»...

Jueves 17. Antología de columnistas. Hoy, Gabriel Albiac: «Las cuatro décadas del siglo XX que se extienden desde el final de la 2ª Guerra Mundial hasta la caída del Muro de Berlín están configuradas por una dualidad irrebasable: la guerra entre los dos modelos del capitalismo en la segunda mitad de nuestro siglo: capitalismo de mercado, bajo modelo y hegemonía de EEUU, y capitalismo de Estado (también llamado socialismo) articulado en torno al modelo imperial soviético. El derrumbe global del segundo sistema da origen a un mercado único a escala del planeta. Mercado único no significa ausencia de conflictos. Sólo que esos conflictos se tejen en torno a un espacio de juego homogéneo. Ese espacio es el que fija la mitología fundante del mercado libre.» (*La caridad y el mercado*, diario el Mundo).

Jueves 24. Mucha gente se habrá preguntado cómo se sabe que más de 25 millones de espectadores siguieron la retransmisión de la boda de los Principitos, o quién mide los 5 millones que no se pierden cada semana tal o cual partido de fútbol. También a mí me picó la tarántula y esto es lo que he descubierto acerca de las maléficas audiencias, que tienen en pie de guerra a las cadenas.

Parece ser que las mediciones se realizan a través de 3.105 audímetros, pequeños ordenadores conectados a los televisores de hogares de toda España, repartidos de la siguiente forma: 440 en Andalucía, 440 en Cataluña, 300 en Euskadi, 300 en Galicia, 350 en

Madrid, y así sucesivamente en proporción al número de habitantes de cada comunidad.

De este sistema se encarga TN Sofres y se emplea en todo el mundo. Esta empresa instala, controla y analiza los datos que generan 10.029 individuos y los pasa directamente a sus clientes, cadenas y anunciantes a cambio de un buen pico. Las familias seleccionadas —que se revisan cada cuatro años— reciben regalos a cambio de que indiquen, apretando un botón del mando, quién está viendo la televisión y qué programa en cada momento. Este proceso es naturalmente voluntario para las familias, con el fin de proteger su privacidad, pero también para asegurar una clientela adicta a la pequeña pantalla y unos resultados similares (de poco serviría un medidor de audiencia en casa de alguien que no frecuente la tv). En 1989 comenzó este alucinante sistema en España con unos 600 aparatos, luego fueron aumentando y adaptándose a nuevas realidades, como la televisión digital. Desde entonces, esos datos tan fácilmente manipulables han decidido el futuro de los programas y el mejor lugar para los anuncios.

Una cantidad tan reducida de aparatos y un sistema tan simple para medir los gustos de un país entero es un empeño que resulta absolutamente escalofriante, más si tenemos en cuenta que en todos los Estados Unidos sólo hay 4.000. Para hacernos una idea es como si revisaran el ascensor de nuestra finca cada cincuenta años. Pero así son este tipo de encuestas. Ellos dicen que esta cifra es suficiente, entre otras cosas porque es la única. Sofres hace un sofrito de información, pues dispone del monopolio de la audiencia, la empaqueta, la promociona convenientemente y la vende. Las familias son seleccionadas como tipos medios representativos de la realidad social o política, como grupos de opinión, realidad que se hace presente por televisión, de ahí que el reparto del tiempo para la publicidad y la programación se mida por volumen de espectadores. Es un buen ejemplo de que nues-

tros medios de comunicación y la empresa de los audímetros tratan al público como mera mercancía. Más si tenemos en cuenta que entre las mediciones no se incluye a las televisiones por cable, hasta la fecha las verdaderas televisiones privadas, pues las otras están totalmente subordinadas a las castas políticas, con lo cual se descarta conscientemente una parte de la sociedad susceptible de un mayor nivel económico y cultural, que elige, suscribe y paga la programación que prefiere, no la que aparece en antena cuando sintonice los canales, con el objetivo de que la telebasura y las programaciones más zafias figuren siempre entre las emisiones más seguidas. Otro dato revelador: el último Madrid-Barça dio en audímetros apenas un ridículo millón de espectadores, porque las mediciones no tienen en cuenta bares y otros establecimientos públicos. Y así sucesivamente.

Con lo cual podemos hacernos una idea del criterio de veracidad de los índices de audiencia publicados en esos mismos medios y de su nivel de credibilidad, sólo válido si consideramos a la población en tanto que «paquetes de clientes», como gusta decir a los inversores. Y puede también llevarnos a una reflexión más honda acerca de conceptos repetidos hasta la saciedad, tales como interés general, voluntad popular o libertad de expresión, conceptos carentes de sentido o de significado en el mundo de hoy, y que se encuentran en la raíz misma del sistema democrático, por lo menos de la democracia representativa.

Evidentemente las mediciones son mentira, pero es verdad que la información sigue siendo aquí un mero producto.

MARZO 2005

Jueves 3. Durante el año 2004 se publicaron en España nada menos que 77.367 libros, según datos de la Agencia del ISBN. Esto equivale a 212 títulos diarios, con gran contenido en el sector librero. España es el 5º país del mundo en producción editorial y el 3º de Europa, sólo por detrás del Reino Unido y Alemania, pero por delante de Francia, países todos ellos de tradición lectora y con muchos más habitantes. Si tenemos en cuenta que la mitad de la población española reconoce no leer «nunca o casi nunca», como dicen todos los estudios, uno se pregunta: ¿Dónde demonios van a parar todos esos libros? ¿Quién los lee? ¿Cuántos llegan a las librerías y cuánto tiempo permanecen en ellas? Naturalmente que se lee poco en España. Pero es porque está todo el mundo muy ocupado escribiendo...

Viernes 11. De la obra «Oráculo manual y arte de prudencia» de Baltasar Gracián, dijo Nietzsche: «Europa nunca ha producido nada mejor en temas de sutileza moral»; La Rochefoucauld imitó su contenido; y Schopenhauer confesó que era «absolutamente único..., un libro escrito para uso constante, un compañero de vida especialmente hecho para quienes desean prosperar en el gran mundo». A las lumbreras de Europa sólo les faltó decir: ¡Gracias, Gracián, qué gracia! Pues qué dirán de *El Criticón*... (Se adelanta Schopenhauer: «El mejor libro del mundo»).

Sábado 12. Ninguna otra época ha sufrido tanta vigilancia como la nuestra. En el mundo de hoy, la gente no es libre de tomar decisiones si no es dentro de un sistema de poder político y económico cuyas

estructuras se encuentran ya predeterminadas. La policía se ha convertido en el centro de la política internacional, y la obsesión por estandarizar y homologar se extiende a los aspectos más triviales de la vida privada. Y se trata de una exclusiva del último siglo, como ya describiera Kafka en su relato «Un artista del hambre». En él, su protagonista no podía evitar ayunar interminablemente, porque —dice— «nunca encontré comida que me gustara. Si la hubiera encontrado habría comido hasta la saciedad como todo el mundo».

Viernes 18. Un antiguo aspirante a autoridad sanitaria me contaba, más o menos así, su experiencia en un hospital poco hospitalario: —Tras un año de prácticas, los jóvenes licenciados en medicina suelen aprender cosas de primera importancia, entre ellas la completa inutilidad de lo que les enseñaron en las facultades. La prestación de asistencia médica termina por limitarse a no hacer nada tantas veces como sea posible. La medicina, reducida a mera sanidad, no cura, sólo previene y, si hacemos caso del adagio latino, sobre todo se trata de que no haga daño, que no se empeoren las cosas. La realidad tiene la fea costumbre de echar por tierra los últimos avances de la ciencia, y si algún paciente se salva es gracias a que los médicos hayan tenido el detalle de ponerse en huelga. Así, nos encontramos con la mayor fuente de enfermedades, que es la obsesión del propio médico por tratar de curar y su equivocada creencia de que puede hacerlo, en particular si tenemos en cuenta que la salud es una construcción, es decir, se construye un nuevo estado de salud. En cambio para la medicina no es una cuestión de construcción, sino de restitución de la salud, con lo cual se confunde el síntoma con la causa. En cuanto al diagnóstico médico, éste no pasa de ser un pronóstico y se basa más en la habilidad del propio médico que en la enfermedad del

paciente. Una situación similar a la practicada habitualmente en los laboratorios, donde se trata de identificar para cada psicofármaco el grupo de enfermos que, tras los tests, mejor responde al tratamiento. Tenemos así, y de una tacada, el diagnóstico del mal, la causa que lo ocasiona y el grupo social de aplicación. Es decir, desde el punto de vista de los laboratorios, es el paciente quien debe adaptarse al fármaco, y no al revés.

Al final va a ser verdad aquello de Molière de que la medicina es el arte de envenenar... Y en casa del herrero, jarabe de palo.

Pues vaya panorama.

Martes 29. Suicidarme es lo último que haría, pero recuerdo haber oído a finales de año un reportaje en la radio donde se informaba acerca de un aumento en los índices de suicidio. Unas semanas después leí una noticia sobre alguien que se había quitado la vida lanzándose desde lo alto de un acantilado en el condado de East Essex, en la costa sur de Inglaterra. Ese acantilado, llamado Beachy Head, se ha hecho famoso porque allí acuden muchos suicidas dispuestos a cumplir su propósito, hasta veinte casos cada año. Todo esto me hizo pensar que en ciertas noches del año, quizá si estás pensando en suicidarte, puedas acudir allí y ver a otros que lo hacen por ti. Y estarles eternamente agradecido...

Jueves 30. Por la investigación neurológica sabemos que la parte más primitiva del cerebro humano es similar al cerebro de los reptiles y regula patrones de conducta como son los de territorialidad, la identificación de los individuos más fuertes o más débiles de una especie, la sumisión a la jerarquía dominante, los rituales de intimida-